

Día misionero en los monasterios de vida contemplativa

Celebración litúrgica - Septiembre

LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS, IMPULSO CONSTANTE A LA MISIÓN

Saludo

Dios, Padre de todos los hombres, que envía a su Iglesia a predicar el Evangelio de Jesucristo a todos, esté con todos vosotros.

Monición de entrada

Las Obras Misionales Pontificias son el resultado del espíritu misionero que alentó en unas personas que pusieron sus vidas al servicio de las misiones para suscitar el mismo espíritu en otras personas e instituciones.

En esta celebración vamos a pedir por las cuatro Obras: la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, la Obra Pontificia de la Infancia Misionera, la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol y la Pontificia Unión Misional, para que Dios siga bendiciendo su trabajo y su compromiso en favor de las misiones y los misioneros.



Liturgia de la Palabra

Primera lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol San Pablo a los Corintios

8, 7-9.12-15

Vosotros, que sobresalís en todo: en fe, en facilidad de palabra, en conocimientos, en buena disposición para servir y en el amor que aprendisteis de nosotros, sobresalid también en esta obra de caridad.

No os digo esto como un mandato. Solo quiero que conozcáis la buena disposición de otros, para daros la oportunidad de demostrar que vuestro amor es verdadero. Porque ya sabéis que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa vuestra, para que por su pobreza fuerais vosotros enriquecidos.

Si de veras alguien quiere dar algo, Dios le aceptará la ofrenda que él haya hecho según sus posibilidades. Dios no pide lo que uno no tiene. No se trata de que por ayudar a los demás paséis vosotros necesidad. Se trata más bien de que haya igualdad. Ahora tenéis vosotros lo que a ellos les falta, y en otra ocasión tendrán ellos lo que os falte a vosotros, y de esta manera habrá igualdad. Como dice la Escritura: “Ni le sobró al que había recogido mucho ni le faltó al que había recogido poco”.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial

Sal 46

R/ Dios reina sobre las naciones.

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra.

Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro Rey, tocad.

Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría.
Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado.

Los príncipes de los gentiles se reúnen
con el pueblo del Dios de Abraham;
porque de Dios son los grandes de la tierra,
y Él es excelso.

Evangelio

✠ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

13, 18-30

Jesús decía: “¿A qué se parece el Reino de Dios y a qué podré compararlo? Es como una semilla de mostaza que un hombre siembra en su campo, y que crece hasta llegar a ser como un árbol tan grande que las aves anidan entre sus ramas”.

También dijo Jesús: “¿A qué podré comparar el Reino de Dios? Es como la levadura que una mujer mezcla con tres medidas de harina para que toda la masa fermente”.

En su camino a Jerusalén, Jesús enseñaba en los pueblos y aldeas por donde pasaba. Alguien le preguntó:

–Señor, ¿son pocos los que se salvan?

Él contestó:

–Procurad entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos querrán entrar y no podrán. Después que el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, vosotros, los que estáis fuera, llamaréis y diréis: “¡Señor, ábrenos!”. Pero él os contestará: “No sé de dónde sois”. Entonces comenzaréis a decir: “Hemos comido y bebido contigo, y tú enseñaste en nuestras calles”. Pero él os contestará: “Ya os digo que no sé de dónde sois. ¡Apartaos de mí, malhechores!”. Allí lloraréis y os rechinarán los dientes al ver que Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas están en el Reino de Dios, y que vosotros sois echados fuera. Porque vendrá gente del norte, del sur, del este y del oeste, y se sentará a la mesa en el Reino de Dios. Y mirad, algunos de los que ahora son los últimos serán los primeros; y algunos que ahora son los primeros serán los últimos.

Palabra del Señor.

Ideas para la homilía

Entre las grandes demostraciones de la universalidad de la Iglesia, hay que enumerar sin lugar a dudas la ayuda que las Iglesias locales prestan a las demás Iglesias, especialmente las más jóvenes o necesitadas. Esta ayuda se canaliza y orienta a través de numerosas instituciones, cada una de las cuales tiene un fin específico. Pero la ayuda más importante que pueden prestarse las Iglesias no sólo entre ellas, sino también a todos los hombres, es la ayuda a la evangelización. Existen numerosas personas y países que o bien no han sido evangelizados o bien no suficientemente. Para ayudar a su evangelización parten muchos misioneros que prestan generosamente su vida a la obra de la evangelización universal.

Ellos, a su vez, tienen necesidad de ser ayudados, pues las condiciones en que se realiza su labor son muy difíciles en todos los órdenes. Necesitan, antes que nada, que su labor sea reconocida y apreciada por todo el pueblo de Dios; necesitan ayuda material y económica, y necesitan que otras personas se formen y puedan ser sus relevos en el futuro. Existen muchas formas de ayudarles a través de abundantes instituciones; sin embargo, entre todas ellas, las cuatro Obras Misionales Pontificias sobresalen por su carácter universal. Fueron fundadas con espíritu universal y permanecen fieles a los propósitos de sus fundadores de erigir un sistema de ayuda universal: “Somos católicos y debemos fundar una obra católica, es decir, universal. No debemos ayudar a ésta o aquella misión, sino a todas las misiones del mundo” (citado en los nuevos *Estatutos*, I, 10).

Las cuatro Obras Misionales Pontificias tienen en común su origen, su modo de desarrollarse y su finalidad. Todas ellas surgen en el contexto de un renovado interés de todo el pueblo de Dios por la actividad misionera de la Iglesia, sostenido por una fuerte espiritualidad de oración y de caridad cristiana. Sus fundadores son personas que han sentido la llamada a cooperar activamente con las misiones, cuya lejanía y grandes carencias conmovían su corazón, y han buscado ayudarlas con iniciativas privadas, que sólo posteriormente y debido a la difusión de las mismas han conseguido la protección pontificia. Pero estas personas no solamente han sido rápidas en dar su propia respuesta personal, sino que, y ésta es la gran novedad, han tenido como finalidad buscar la colaboración de otras muchas personas, para que a través de pequeñas y grandes aportaciones se ofreciera una ayuda eficaz a los misioneros y a las misiones.

“Las Obras Misionales Pontificias son... ‘el instrumento oficial y principal de todas las Iglesias para la cooperación misionera’. A estas obras –afirma el Concilio– ‘se debe reservar con todo derecho el primer lugar, pues son medios para infundir en los católicos desde la infancia el sentido verdaderamente universal y misionero, y para estimular la recogida eficaz de subsidios en favor de todas las misiones, según las necesidades de cada una’ (AG 38). Son, en efecto, los instrumentos activos, modernos, dinámicos, para sostener, en todos los aspectos, la acción directa de los misioneros que trabajan en las avanzadas, y para asegurar el apoyo indispensable a las poblaciones confiadas a su cuidado pastoral” (Juan Pablo II, Mensaje Domund 1985).

Gesto

Al inicio de la celebración se colocan delante de la asamblea cuatro carteles alusivos a cada una de las Obras (foto del fundador, cartel de la Jornada, mural explicativo, etc.), con una vela apagada delante de cada uno de los carteles.

En este momento se procede a presentar cada Obra leyendo los textos adjuntos; después de la presentación de cada Obra se enciende la correspondiente vela:

La Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. Fundada por Paulina Jaricot en Francia en 1822, esta Obra busca promover y sostener las vocaciones misioneras y cooperar espiritual y materialmente con la tarea misionera de la Iglesia. En España se celebra su jornada el penúltimo domingo del mes de octubre con el nombre de Domund, con la finalidad de dar a conocer la actividad misionera de la Iglesia, en su más amplio sentido, tanto evangelizador como de desarrollo y promoción humana.

La Obra Pontificia de la Infancia Misionera. Fue fundada en 1843 por un obispo francés, monseñor Carlos Augusto de Forbin-Janson, motivado por las cartas y noticias de misioneros que le escribían, sobre todo desde China, contándole la difícil situación de las niñas de ese país. Comenzó a solicitar ayuda y, de acuerdo con Paulina Jaricot, pensó en otra Obra en la que los niños cristianos ayudarían a los niños de los países de misión. Es un servicio de la Iglesia para que los niños cristianos adquieran una conciencia misionera y de compartir con los niños de todo el mundo su fe y sus bienes materiales. En España celebra cada año su Jornada el cuarto domingo del mes de enero.

La Obra Pontificia de San Pedro Apóstol. Nació por la original iniciativa de Juana y Estefanía Bigard en 1888, como respuesta a la petición del vicario apostólico de Nagasaki, que había solicitado ayuda para su clero indígena. Juana y su madre, Estefanía, se convencieron de que una comunidad cristiana no puede convertirse plenamente en Iglesia local, implantada y pujante, sin sus propias vocaciones autóctonas, sin su propio clero nativo. En España esta Obra celebra su Jornada anual el primer domingo del mes de mayo, con la denominación de Jornada de las Vocaciones Nativas.

La Pontificia Unión Misional. El padre Paolo Manna, que fue elevado a los altares el 4 de noviembre de 2001, fundó en 1916 la Unión Misional del Clero, con el fin de que los sacerdotes fueran formados y educados en la dimensión misionera de la Iglesia. Hoy la Pontificia Unión Misional promueve la formación e información misionera de los sacerdotes, miembros de institutos religiosos, sociedades de vida común, institutos seculares, candidatos al sacerdocio y la vida consagrada y personas comprometidas en el ministerio pastoral de la Iglesia.

Testimonio

El último fin de semana empezó el miércoles por la tarde, cuando el Director de las Obras Misionales Pontificias de Brasil me dejó en el aeropuerto de Brasilia con un billete para Porto Velho (Estado de Rondônia). El viaje fue incómodo: asientos estrechos, avión con retraso y a rebosar, servicio muy deficiente. Pero son pequeñas cosas, si las comparamos con las 45 horas que duraría el viaje en autobús.

Llegué a Porto Velho a medianoche y fui recibido por un padre que no conocía. Me llevó a casa, me ofreció una cama y, tras un par de horas de descanso, me acompañó hasta el autobús que, después de 200 km, me dejaría en Humaitá.

El jueves a mediodía estaba en casa del obispo (ausente) para una sobria comida. Debajo de las ventanas transcurre el río Madeira, el mismo que crucé al salir de Porto Velho. A las 5 vienen a buscarme y me conducen al lugar del encuentro. Alguien me comenta que estamos recorriendo la Transamazónica. Y no podía ser otra cosa –pensé interiormente–, ya que, con tantos baches, no podía no ser mi vieja conocida carretera que durante largos años crucé de arriba abajo. No aprecié mejora alguna. Después de doce kilómetros de traqueteo, llegamos a la meta: una gran construcción metida en una selva sustancialmente intacta. Es el Centro de Formación de la Diócesis. Los participantes llegan por grupos y en horas diferentes.

El viernes por la mañana, por fin, podemos empezar la reunión programada. Me encontré con lo que siempre intento evitar: que no sea un encuentro con chicos, sino con personas mayores. Es uno de esos encuentros en que no se sabe a quién dirigir la palabra. La respuesta a esta situación me la da precisamente un adolescente. Durante la misa de la tarde, en el momento del acto penitencial, se acusa “de haberme preocupado demasiado por un par de zapatos cuando en el mundo hay tantos niños sin pies”.

La historia de los zapatos y de los pies me salió sin querer al explicar la situación de tantos niños de los diferentes continentes. Pensaba que nadie se habría dado cuenta de esa frase que ahora, de boca de un adolescente, me venía devuelta después de haberla hecho suya y recordado a todos sus colegas.

Para el viernes por la tarde y el sábado por la mañana, está previsto un retiro para los “Asistentes de la Infancia Misionera”. Les recomiendo que se esfuercen por mantener silencio, pero el consejo no cuaja: la casa no ayuda, el calor es un obstáculo, la presencia de tantos coetáneos es una tentación, a decir poco, insuperable. Intentamos reducir el tiempo, buscamos instrumentos pedagógicos más “al día”... Nada que hacer.



Como para demostrarme que las preocupaciones que tengo sobre que no haya niños en estas reuniones son exageradas, ahora es una chica de unos 15 años la que me echa el sermón. Cuando todos se reúnen para poner en común lo que han descubierto durante el retiro, Klissa me dice: “Ayer nos has hecho ver que damos más importancia a las telenovelas y a los partidos de fútbol que al noticiero. Tenías razón. Me estoy dando cuenta de que no sé nada de lo que afecta a mis hermanos que están en la otra parte del mundo. Desde ahora quiero dar importancia también a estas noticias”.

“¡Muy bien, Klissa! ¡Has dado en el blanco! Esto es lo que queremos que hagan los que trabajan con la Infancia Misionera”. Concluimos el encuentro al mediodía del domingo. En el autobús que me lleva de regreso a Porto Velho, con el calor húmedo de la tarde amazónica, entre una cabezada y un bostezo, sigo preguntándome: “Todo este esfuerzo, ¿valía la pena?”.

En la balsa que me lleva al otro lado del río Madeira, ya en la periferia de Porto Velho, un muchacho me ofrece un racimito de bananas. No sé si es más raquíctica y empolvada la fruta que me ofrece o él mismo. Le sonrío, pero él quiere saber si acepto el negocio. Y lo acepto, porque yo necesito de sus bananas y él de mi dinero.

Preces

Oremos para que Dios ayude a las Obras Misionales Pontificias a cumplir sus objetivos y finalidades misioneras:

R/ Padre nuestro, escúchanos.

– Por toda la Iglesia, para que todos en ella conozcan la labor de las Obras Misionales Pontificias y la apoyen con su esfuerzo. *Oremos.*

– Para que la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe suscite el interés por la evangelización universal en todos los cristianos y las formas más adecuadas de cooperación misionera. *Oremos.*

– Para que la Obra Pontificia de la Infancia Misionera ayude a despertar la conciencia misionera de los pequeños, de modo que los niños ayuden a los niños, con sus oraciones, sacrificios y aportaciones materiales. *Oremos.*

– Para que la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol promueva un espíritu de insistente y confiada petición al Señor, de modo que, por medio de las oraciones y sacrificios de todo el Pueblo de Dios, sean fomentadas y alentadas las nuevas vocaciones en los territorios de misión y se las pueda ayudar a llegar hasta el final. *Oremos.*

– Para que la Pontificia Unión Misional ayude a formar la responsabilidad misionera de todos los fieles cristianos sin desfallecer. *Oremos.*

Escucha, Padre de bondad, la súplica que tu Iglesia te dirige a favor de la evangelización de todos tus hijos y socórrela en su misión, pues sin ti nada puede. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Colecta

El año litúrgico está jalonado por las tres grandes jornadas misioneras de carácter universal (Infancia Misionera, Vocaciones Nativas y Domund), con sus respectivas colectas. En esta celebración no estaría de más, sin embargo, poner de manifiesto la dimensión universal de la ayuda que las Obras Misionales Pontificias prestan a los misioneros, y como la Pontificia Unión Misional (Obra que debe ser el alma de las demás) carece de jornada propia y de colecta, se puede dedicar este momento a darla a conocer y a apoyar económicamente su tarea.

Compromiso misionero

Al terminar la celebración conviene que lo vivido en ella pase a la vida corriente. Por eso se puede proponer como compromiso misionero conocer mejor las cuatro Obras Misionales Pontificias: sus objetivos, sus jornadas, sus publicaciones..., para colaborar, a través de ellas, con los misioneros de todo el mundo. Paralelamente, y ya que a veces no se las conoce suficientemente, difundirlas en la parroquia, las comunidades y familias cristianas, la diócesis..., fomentando, entre otras cosas, las suscripciones a sus revistas.